

la historia del pueblo escogido y las que vendrian despues de ella para enriquecer las páginas de la Iglesia católica, y no encontrando cosa que le sea siquiera comparable, muestra la inmensa superioridad de María y su primacia en todos géneros, apellidándola: "bendita entre todas las mujeres."

Ved pues aquí, católicos, una salutacion que, dirigida ex-profeso de parte del Señor por el ángel á María, le da una ratificacion solemnísima de que posee todo su amor, toda su ternura, y está reservada para mostrar á los hombres, en el fruto de su vientre y en su carrera de virtudes, todo el brillo y esplendor de su gloria: ved aquí de qué manera se reconcentran en la Virgen Madre, con la predileccion del Altísimo, todos los tesoros de su gracia: ved aquí cómo esa gracia comun, que corre por todo el mundo moral como un torrente purísimo para extirpar los vicios y formar las virtudes, está en María en supremo grado, y cómo sobre esta excelencia, que basta para darle una primacia entre todos los favorecidos de Dios, resaltan como ornatos única y exclusivamente suyos la predileccion eterna que de ella hizo el Padre para que en su vientre encarnara su Unigénito Hijo; la excepcion que solo para ella decretó de la lei comun de la humanidad delincuente, á fin de que fuese concebida sin la menor mancha de origen, sin sombra de pecado; la fuerza con que la sostuvo contra todos los enemigos del espíritu, para que no cometiese ni la mas ligera falta, ni un imperceptible punto de tinieblas cayera sobre el esplendor purísimo de su virtud; y cómo finalmente, no satisfecho con haberle otorgado tantas gracias, quiso añadir á todas la de una declaracion expresa de parte suya sobre tan altos privilegios. Pues bien, católicos: habéis visto hasta aquí la obra de la gracia; es necesario que admiréis al mismo tiempo la cooperacion de la naturaleza en las virtudes incomparables de María: porque, si ella disfrutó siempre una primacia de gracia; Dios recibió de ella como tributo de su reconocimiento, mediante la cooperacion de tan privilegiada naturaleza, una primacia de virtudes, un conjunto de merecimientos superiores con mucho á cuanto presenta la historia de los ángeles y de los hombres.

SEGUNDA PARTE.

Hablar, católicos, de las virtudes excelsas de María; penetrar con la consideracion mas atenta en aquel espíritu donde resplandecen á porfia todos los atributos de la santidad en el grado mas eminente que cabe despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre; recorrer esas páginas del eterno Libro donde están escritos los merecimientos incomparables de esta criatura; es acometer una empresa superior con mucho al poder del pensamiento y la palabra, tocar un asunto de aquellos que abruma la inteligencia y rinden los esfuerzos del genio. ¿Quién es capaz, decidme, de ponderar debidamente los preciosos frutos de un árbol, digámoslo así, plantado en una tierra bendita por las manos del mismo Dios, cultivado con la quinta esencia de su gracia, esmeradamente asistido de él momento por momento, preparado desde la eternidad con el fin de salvar al mundo, regenerar al hombre, desterrar los vicios y establecer en la tierra un reino de santidad y de gloria? Cuando se trata de fomentar la piedad cristiana con la alabanza de los justos, el alma se apodera sin esfuerzo de las vidas mas fecundas, la elocuencia las encarece con ventajas muy positivas para la virtud, y no pocas veces, para ostentar el heroismo de la santidad con toda su magnificencia, es necesario reunir todos sus rasgos en una relacion animada, para que el conjunto produzca un efecto moral que no se obtendria con manifestar aisladamente una sola de sus partes. Mas cuando se habla de la Virgen María, cuando se contempla su carácter moral, cada virtud, cada hecho basta por sí solo para producir todo el arrobamiento de la admiracion; cada pasaje de tan fecunda vida tiene la virtualidad suficiente para multiplicar el número de los justos. ¿Cómo pues abrazar el inmenso conjunto de tal carácter sin perderse con el pensamiento, sin sentirse abandonado de la palabra, sin sucumbir desfallecido bajo el peso de la mayor grandeza? Cuando el arte, católicos, conducido por las luces de la ciencia mas bien que inspirado por los sentimientos de la religion, ha lamentado la falta de un pánegrico tan comprensivo que abraza toda la carrera de María, y aun ha encontrado cierta especie de obstáculo para la empresa de un elogio en la reserva sublime de los primeros cronistas del cristianismo, tal vez no ha comprendido que la dificultad emana, ménos

del silencio de la historia, que de la comprension inmensa de los hechos incontestables narrados por ella.

Elegid, si no, cualquiera de los pasos de la vida de María que han sido consagrados en el culto de la Iglesia y forman, cada uno de por sí, el asunto de una oracion sagrada, y veréis cómo no se necesita mayor extension para un elogio superior con mucho á cuantos pudieran hacerse de una pura criatura. La escena, única en los fastos de la virtud y la grandeza, presentada entre Gabriel y María en los momentos solemnes en que se estaba tratando de la Encarnacion del Verbo; esta página escrita con toda claridad por la pluma de los evangelistas, á la cual se refieren las vidas paralelas del Mesías y su Madre; esta página que, abriendo con la maternidad divina la historia de María en sus relaciones con la humanidad, y correspondiéndose con la otra en que al pié de la Cruz adopta como hijos por disposicion de Jesucristo á todos los descendientes de Eva, ¿no es, católicos, un asunto de aquellos que no podian llamarse vastos sin ser menoscabados, y que es indispensable ver como inmensos y en cierto modo infinitos? ¿Os parece que una virtud que sostiene sin terror la presencia de un enviado celestial, no pone á la Virgen de Nazareth en una altura superior con mucho á la de los patriarcas y profetas? ¿Os parece que una Virgen que, al escuchar el anuncio de que va á ser la Madre de Dios, solo piensa en la grave cuestion de la virginidad que le tiene consagrada, subalternando la fidelidad al rango en la gerarquía de sus sentimientos, es de aquellos objetos que la inteligencia mide, la palabra domina, la imaginacion encumbra, ó la elocuencia exalta? ¿Os parece que aquel continente reposado con que escucha la explicacion de un misterio que asocia eternamente su virginidad con su maternidad divina bajo el poder del Espíritu Santo, puede pensarse sin arrobamiento, decirse sin turbacion, encarecerse con otra cosa que el silencio respetuoso de la naturaleza en presencia de un arcano? ¿Os parece que aquel humilde *fiat*, que pronuncia la tierna Virgen despues de mostrarse al ángel como la esclava del Señor, representa ménos que la virtud por excelencia, la Virtud-Reina, que rinde y avasalla las virtudes de todos los justos, la virtud que abraza cuanto puede merecer semejante nombre en los cielos y en la tierra? ¿Os parece que todos los sabios, todos los héroes, cuanto de mas grande ostenta la historia de la elocuencia y el genio, podrian sostenerse á la vista de la virtud infinita de aquel *fiat*, que concierta la Omnipotencia de Dios con la libertad de la criatura, y en un imperceptible punto confunde la humildad mas profunda y la mayor grandeza, la hija de Joaquin y Anna y la Madre de Dios? ¡Ah, católicos! era necesario nada

ménos que una inteligencia divina para ver frente á frente sin sucumbir este doble prodigio de humillaciones y de grandezas.

¿Qué virtud pudierais imaginar que no se desprendiese al punto de la Virgen Madre, y esto sin salir de aquellos momentos solemnes? Si la humildad es la profunda base de todas; si las dimensiones de ella sirven para medir el tamaño respectivo de cuantas forman el edificio; bastará escuchar á esta Virgen dando su consentimiento para ser Madre de Dios, para encontrar su humildad en grado inmenso y á profundidad insondable. ¡Rendirse como esclava despues de haber recibido los obsequios de un Arcángel, escuchado la revelacion de su plenitud de gracia, el anuncio de su rango en los cielos y en la tierra, la manifestacion de su destino para ser Madre de Dios! ¡anonadarse para poder pronunciar una palabra que tenia pendientes, no diré la salud eterna de los hombres, no diré la expectativa de todas las gerarquías angelicas, sino lo que es infinitamente más, á la misma Trinidad Santísima! ¡Ah! si en todo lo que no es Dios puede haber algo que nos dé mas cumplidamente la idea de lo infinito, esto será sin duda la humildad suprema de la Virgen escogida para Madre suya.

¿Qué podria decirse de todas sus otras virtudes, que levantadas en la proporcion que exige tal cimiento, tienen la misma grandeza y representan el mismo poder? ¿Qué podria decirse de su fe, tan viva, tan constante, que parecia romper con una meditacion continua y una incesante presencia de Dios, y sus atributos, y sus promesas, y sus obras, los densos velos que se interponen entre la eternidad y el tiempo? ¿Qué podria decirse de su esperanza, cuando esta virtud dió el tono al melodioso concierto de aquel himno cantado por su piedad á la esperanza de todas las generaciones? ¿Qué os diré de su amor, acrisolado en la prueba misma de su grandeza, pues la idea de serle fiel á su Dios parece distraer su mente de la palabra que la aclama por Madre suya? ¿Qué os diré de su espíritu, revelado todo en aquellas palabras de alabanza con que remite toda su grandeza exclusivamente á la gloria de Dios? ¿Qué puede compararse con aquella prudencia probada en la reserva con que escucha las manifestaciones del Arcángel? ¿Qué os diré de su justicia, cuando era la santidad por excelencia, cuando para dar á cada uno lo que es suyo, proclamó á un tiempo mismo, en ocasion tan solemne, la gloria del Señor y su condicion de esclava? ¿Qué os diré de una fortaleza que mira frente á frente sin desfallecer toda la inmensidad de la gloria, que no sucumbe bajo el peso de todos los dolores en la carrera de la Pasion, que se sostiene al pié de la Cruz al exhalar su amado Hijo el último suspiro? ¿Qué os diré de su pureza y cas-

tividad, cuando no pronuncia el *fiat* para ser Madre de Dios mientras no se le asegura que aquello había de obrarse fuera de las reglas de la naturaleza, por la virtud del Espíritu increado y en las regiones augustas del misterio? ¿Qué os diré de su amor á los hombres, cuando acepta el título de Madre suya para sostenerlos y salvarlos? ¿Qué os diré de su fecundidad, cuando es el órgano escogido por el mismo Dios para repartir sus gracias y beneficios en la tierra, cuando á ella reconocen, como los arroyuelos al inmenso cauce, las virtudes de todos los escogidos? Sin detenerme pues en el repaso de las muchas é incomparables que en María resplandecen, y atento principalmente al carácter histórico de su carrera en sus relaciones propias con el plan de regeneración y salud que vino á ejecutar en el mundo Jesucristo Señor nuestro, es mi ánimo probaros que este Divino Mesías ejecutó en ella el mismo plan que en él había realizado su Padre al sacrificarle por la salud del mundo: que si Jesucristo aparece aquí como el Adán de la restauración; María se presenta como la Eva de la nueva alianza: que si Jesucristo aceptó las últimas humillaciones para reparar los estragos de la soberbia del primer hombre; María pasó por la misma carrera de abatimiento y dolor, para reparar el producido por la ligereza, el orgullo y la sensualidad de la primera mujer.

A la vista de esta Virgen, privilegiada con todas las gracias, adornada con todas las virtudes, poseedora de la mayor grandeza, pasando una vida profundamente retirada, sufriendo todas las humillaciones, apurando hasta las heces el cáliz del dolor, presentando la copia más fiel del Redentor del mundo en sus anuncios proféticos, preparaciones misteriosas y tribulaciones inconcebibles, no ménos que en su glorioso tránsito de la tierra al cielo para recibir de las manos del mismo Dios la corona del triunfo; no podemos, católicos, ménos de creer que tan preciosa vida fué una obra ejecutada por el mismo Dios, para manifestar en ella sus eternos designios acerca del hombre, y la imagen perfecta de la expiación á que quedó sujeta la humanidad entera, para poder aprovechar los méritos de Jesucristo. Contemplad estos dos objetos, estos dos caracteres, estos dos cuadros; el del Hijo y el de la Madre. ¿No veis á toda luz cómo nada en el mundo hai más perfectamente semejante que estos dos cuadros? El Mesías estaba prometido y anunciado desde la misma caída del hombre; María estaba comprendida en esta misma promesa, estaba opuesta por la justicia de Dios al enemigo triunfante, destinada para quebrantar la cabeza del dragón. El Redentor es predicho por una serie de profetas; María no deja de figurar en tan solemnes predicciones. Jesucristo es representado en la vida de

muchos personajes ilustres; María es figurada en el carácter de las mugeres fuertes del antiguo pueblo. Este pueblo, envuelto en las tinieblas, desconoce al que esperaba, persigue al que desaba con vehemencia, enconadamente aborrece al que había excitado en sus mayores, desde cuarenta siglos atrás, los sentimientos más vivos del amor; María sufre las consecuencias de esta ceguera inaudita: nadie se percibe de su rango; todos la tienen por una mujer del pueblo, por una de tantas personas que apenas despiertan la atención. El Verbo, revistiéndose de nuestra naturaleza, se humilla y anada, según la expresión de San Pablo; María, mostrándose rendida como esclava en los momentos que va á ser Madre de Dios, continuando en su oscuridad aun después de este suceso, y siempre desapercibida, sufre toda clase de humillaciones. Jesucristo, apareciendo á los hombres, buscándolos el primero, dándoles al presentarse una palabra de paz, parece olvidarse de su divinidad, para consultar únicamente á los intereses de su amor; María, previniendo á Isabel en su visita y salutación, olvida su grandeza para ir á derramar la bendición en el Niño que porta en su vientre la esposa del Profeta, y había de ser el Precursor del Mesías. Jesús, naciendo en un pesebre, sujeto al rigor de todos los elementos siendo el Señor de la naturaleza, toma para sí lo que la humanidad tiene de más punzante, que es el abatimiento, la pena y el dolor; María, dándole á luz en un establo de Belén, teniéndole en sus brazos y viéndole padecer tanto en aquel sitio, recibe de lleno todo el golpe reflejo en su corazón maternal. Jesús, por último, humillado por toda clase de ignominias, sufre los más inauditos ultrajes y recorre un camino de la más amarga tribulación hasta morir en una cruz; María no abandona un instante á su amado Hijo en tan penosa carrera; padece siempre con él; está de pie junto á la Cruz en que espira; le recibe en sus brazos después de muerto, y con él permanece hasta que le toman para colocarle en el sepulcro.

¿Quién pudiera ponderar, católicos, las grandes humillaciones de María, y todas las pruebas terribles á que le sujetó el Señor durante su inocente vida? La carrera de unas y otras comienza con el terrible golpe consiguiente á la perplejidad suma de José, que ignorando aquel arcano divino y no conociendo de María sino solo el prodigio de su admirable santidad, incapaz de resolverse á juzgar nada contra su inocencia, pero no sabiendo qué pensar del embarazo de su Esposa, concierta en su resolución definitiva su virtud con su caridad, tomando el partido de abandonar ocultamente á la que portaba en su seno al Verbo de Dios. ¿Qué tribulación, católicos! ¡qué pena tan inmensa! ¡qué humillación tan profunda! ¡qué mez-

cla tan prodigiosa de grandeza real y aparente baja! ¿La Madre de Dios objeto de las turbaciones del varon justo, y en vísperas de ser repudiada por él? Pero sobre todo, ¿qué virtud la de aquel silencio que se sostiene á tanta costa! Una palabra prévia lo hubiera impedido todo; una palabra dicha en los momentos de ser advertida, lo hubiera explicado todo, mostrando al Esposo castísimo la primera página de la historia de las grandezas de su predilecta consorte. Pero ella tiene motivos divinos para no pronunciar esta palabra: su silencio le hará padecer inmensamente; mas no temáis que le interrumpa: fiel como nadie para esconder en lo mas íntimo el gran sacramento, será la víctima de su fidelidad, pero no revelará su secreto. Mas no tardó el Señor en consolar á la inocente Madre: un ángel baja del cielo, penetra en el alma de José durante un sueño profundo, le revela el gran misterio, y le inunda en una luz que le descubre á la par la grandeza de su Esposa y la dicha suya en ser el Gefe de la familia del Mesías en la tierra.

Mas no imaginéis, hermanos míos, que aquí hayan parado, sino ántes bien, ved cómo aquí comienzan los trabajos indecibles de aquella tierna Madre. Tocaba en Belen de Judá, á donde habia ido con motivo del edicto del César para que se registrasen todos los súbditos de su imperio, cuando sintiendo llegada la hora de dar á luz al Mesías, busca un asilo. Pero ¡ah! la Reina del cielo y de la tierra, la Madre de aquel por quien todo fué hecho, no logra ni el último cuarto en un meson de aquel pueblo insignificante; y en la privacion absoluta de todo asilo, tiene que ir á refugiarse á un pesebre de aquella posada. . . . ¡Hé aquí la cuna del Salvador, el lecho de su Madre, el cuadro de su nacimiento! He aquí cómo aparece al mundo su Redentor y su Rey. Contemplad el corazon de María en tan crítico lance; penetrad si podéis el desconuelo de su alma en aquellos instantes. . . . ¡Qué cuadro! ¡qué escena! ¡qué situación!

No me detendré, católicos, á ponderaros lo que sufrió María en la Circuncision de su Hijo no solo por haber visto caer las primeras gotas de su sangre pura y con esto un preludio tristísimo de su acerba pasion é ignominiosa muerte, sino por verle aparecer como hijo de pecado, como deudor personal de una pena, como delincuente que se purifica para no perecer: pero si os diré que, cual si esto hubiera sido nada, no discurrió mucho tiempo sin que aquella Madre, verdadera imitadora de tal Hijo, aceptase para sí una ignominia semejante, sometiéndose á la lei de la purificacion, que por ningun aspecto debería comprenderla. Despues de haber parecido á los ojos del pueblo, por su matrimonio con José, como una madre co-

mun, va con su esposo al Templo para purificarse, como si lo hubiese menester la que es mas pura que la aurora, la escogida en la predileccion eterna para Madre de Dios, la concebida sin mancha y agraciada con todo linaje de dones. Allí aparece María contaminada; á esta humillacion agrega la de una ofrenda expiatoria y pequeña por su pobreza; y para que nada faltase al colmo de sus penas, allí mismo escucha una prediccion terrible del profeta Simeon: allí se le anuncia la espada de dolor que traspasaría su pecho: allí se le asocia en todo y por todo á los terribles padecimientos del Hijo de sus entrañas.

Pero tal vez la tregua que sigue á tan penoso paso estará medida por el tiempo que ha de trascurrir hasta que el Mesías, ya en la madurez de su edad, aparezca entre los hombres con su carácter propio para dar principio á su carrera pública: tal vez la tierna Virgen pasará treinta y tres años ocupada en asistir á su Hijo, en contemplarle extasiada, en guardar consigo en su modesto retiro al mismo Dios. ¡Vano esperar, católicos! Apénas vuelto al cielo aquel ejército de ángeles que saludaba con sus cánticos al Niño-Dios en su cuna, y á sus rebaños los pastores que habian ido á rendirle sus humildes tributos, y á Oriente los Reyes que acababan de adorarle, cuando Heródes decreta el exterminio de todos los niños de Bethlem de Judá y sus contornos, persuadido en su infame cálculo de que en esta catástrofe quedaria envuelto el Rei de los judíos, el gran Libertador de la humanidad. Un ángel advierte á José de aquel peligro, y le manda huir á Egipto con el Niño y su tierna Madre, para sustraerle á la rabia de Heródes. Ved aquí despedazado el corazon de aquella Virgen á la vista del sacrificio de tantos inocentes, de esos verdugos que asaltan todas las cunas, que arrebatan á los niños de los brazos de sus madres, y descargan contra ellos el furioso golpe que los precipita á todos en el sepulcro: y vedla al mismo tiempo, pobre y desvalida, emprendiendo una larga y penosa peregrinacion, residiendo en un pais extranjero hasta la muerte de Heródes, y pasando todas las tribulaciones consiguientes á tan penoso destierro.

Llega empero la hora aspirada: José, prevenido por el ángel del Señor, sale de Egipto con Jesus y María, y se radica en Nazareth; mas no por haber vuelto á su pobre pueblo, acabaron sus tribulaciones. Habia cumplido ya su Divino Hijo doce años cuando se les perdió á ella y á José en una de sus peregrinaciones anuales al Templo de Jerusalem. . . . ¡Qué prueba para su amor, y sobre todo para su fe! Mas llega el momento en que todo calma: los tiernos padres sorprenden al Hijo en el Templo en medio de los doctores, respondiéndole á sus preguntas, haciéndoles otras y dejándolos pas-

mados de admiracion con su sabiduría. Acérquense á él: van á recibirle en sus brazos: su tierna Madre, no queriendo callar la pena que le ha causado su extravío, le hace una dulce reconvenion: "Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? yo y tu Padre llevábamós tres dias de buscarte, penetrados del mas vivo dolor." ¿Quién hubiera imaginado, católicos, que aquel momento, que ponía término á tres dias de un terrible cuidado, fuese un motivo de la mas grande humillacion? ¿Quién no hubiera creído, á juzgar tan solo por los datos de la naturaleza, que la respuesta de Jesus pondria el colmo al regocijo de tan tierna Madre? Pero ¡ah! ¿qué diversos de los pensamientos del hombre son los pensamientos de Dios! ¿qué inescrutables son sus consejos! ¿cuán impenetrables sus designios! Jesus abre sus labios, y pronuncia una respuesta que habria podido helar la sangre en las venas de María, si ella no estuviese sostenida por el brazo mismo de Dios; una respuesta de estrañeza; una respuesta de tal despego, que podria pasar por un desaire; una respuesta capaz de acibarar los dias de una Madre amorosa. "¿Por qué me buscabais! les dice: ignorabais, por ventura, que debo estar allí donde lo exigen los intereses de mi Padre!" María sin embargo escucha esta respuesta sin alteracion y sin pena: inspirada por su fe, descansa en lo que ha oido, y vuelve con su Hijo á Nazareth, guardando aquel suceso en lo mas íntimo de su corazon.

Y no fué, católicos, esta la única vez que María recibió de su mismo Hijo esta clase de humillaciones, que á primera vista podrian parecer como el efecto de la indiferencia, pero que no eran en la realidad sino precauciones misteriosas de que se valia el mismo Jesucristo para sostener la grandeza, multiplicar los merecimientos y preparar las glorias de su querida Madre. En las bodas de Canáa, viendo María que faltaba el vino, le dijo á Jesus: "No tienen vino." Y Jesus le respondió: "Mujer, ¿qué nos va á mí y á tí?" Sin embargo, María sostenida por su fe, no vaciló en que su súplica seria atendida, y bajo este concepto advierte á la familia que lo preparen todo. Así sucedió: su Divino Hijo convirtió el agua en vino para abastecer el banquete nupcial; mas con aquel aparente desaire, pareció manifestar á todos los concurrentes que en el milagro que acababa de obrar, no tenia parte alguna su Madre.

En otra vez, cuando una mujer del pueblo, extasiada con la predicacion de su doctrina, dijo para elogiarle: "¿Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que te alimentaron! se apresuró á retirar de su Madre aquel tributo que tanto la engrandecia, diciendo por respuesta: "Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan." Finalmente, cierta ocasion en que se le habló de su Ma-

dre, á tiempo que se encontraba entre la multitud, protestó en presencia del pueblo y delante de María y de Jesús, que no reconocia por padre, ni por madre, ni por hermanos, sino única y exclusivamente á los que, fieles y cumplidos, oyesen la voz de Dios y guardasen escrupulosamente sus preceptos.

¿Quién es capaz de ponderar como es debido, católicos, el peso de estas humillaciones para una criatura tan delicadamente tierna y cuya vida era toda de amor? ¡Ah! si ella, formada segun el corazon de Dios, consagrada exclusivamente á él, no teniendo mas norte que su palabra, ni mas gozo que su voluntad, no hubiera sido su rendida esclava, habria bastado sin duda, para entristecerla hasta morir, este despego aparente, esta constante seriedad de un Hijo que era la vida de su vida, cuando con tal conducta parecia emanciparla de su corazon. Ella, empero, no dejó escapar nunca ni la mas leve queja; no dió muestras de la menor inquietud; no cayó en desolacion recelosa de ser ménos amada: su fe hacia desaparecer todas estas nubes de la naturaleza; y satisfecha con obedecer, nunca se cuidaba de examinar: todo lo hacia con la sencillez del mas bello candor; todo lo recibia con la resignacion de la mas alta virtud; lo guardaba todo en su pecho como un arcano venerable que no le era permitido escudriñar.

Mas va á llegar ya, católicos, el instante que derramará una copiosa luz en el alma de María sobre el misterio de sus humillaciones; en que pondrá Dios término á sus reservas profundas; en que su Padre celestial le hará la revelacion de un secreto que ella guardaba sin comprender. No será la Madre de mejor condicion que el Hijo: no se á fria espectadora de una dolorosa carrera: no quedará sin parte de aquel cáliz amargo que hasta las heces ha de apurar el Hijo de sus entrañas. La carrera pública del Mesias va muy pronto á tocar á su término. Su predicacion ha concluido ya: los milagros que declaran su divinidad á la entorpecida vista de su ingrato pueblo, señalan dia por dia el curso de tres años que discurre por todas partes haciendo el bien. Ha reunido ya en su torno á los legatarios de su poder, á los fundadores de su Iglesia, primeros operarios de su viña y evangelizadores del mundo: háse reunido ya con ellos en el Cenáculo, lavádoles los piés, prodigádoles toda la ternura de su amor, instituyendo á su vista el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, dándoles las primicias de este pan de la vida y este vino generador de la santidad. Terminada la Cena pasa el torrente Cedron, penetra en el bosque de las olivas, y en su solitaria espesura, postrado en tierra, solo, entre el Padre que le sacrifica y el mundo que duerme, se ofrece á sí mismo como precio de los pecados

de todos los hombres. Un momento, y ya le veis atado y conducido preso á los tribunales de Jerusalem: otro momento, y ha pasado por todas las ignominias, y ha sufrido la crueldad de los azotes, la mofa de la púrpura, la sangrienta burla de la coronacion de espinas, la vergüenza de ser ostentado así como el hombre del escarnio á vista de todo el pueblo. . . . Un paso más, y el magistrado gentil dicta su muerte, la publica, la manda ejecutar. . . . Ved al Verbo encarnado, al Dios desconocido, al inocente por esencia, al poderoso y fuerte, delante de quien se postran humilladas las potestades angélicas, recibir en sus hombros el instrumento de su suplicio, atravesar con él, á la faz de un inmenso gentío, las calles de Jerusalem hasta encumbrar el Gólgota: vedle desnudo, clavado en el madero, colocado entre dos delincuentes, burlado en sus dolores, vilipendiado en sus penas, maldecido en su agonía, objeto del odio enconado de aquellas turbas frenéticas, rendirse al fin bajo el peso de su dolor, llorarse desamparado, inclinar su cabeza, exhalar su espíritu. . . .

¡Y no mas! ¡Ah, católicos! ved á su tierna y querida Madre: ved á María, la escogida desde la eternidad, la concebida sin mancha, la llena de gracias, la pura y santa; vedla siempre junta con su Hijo; vedla participar constantemente de sus penas, atesorar en su corazon aquel inmenso cúmulo de dolores, seguir casi desfallecida el camino del Calvario, presenciar el acto inconcebiblemente cruel de la crucifixion de su Hijo, y estar de pié junto á la Cruz hasta el momento que espira. ¡Oh! ¡no es esto agotar el mar de los sufrimientos, ese mar tan enérgicamente pintado por el profeta de los dolores? ¡No veis de qué manera se realiza el terrible pronóstico del viejo Simeon? ¡No descubris horrorizados la penetrante daga que atraviesa su pecho? ¡No conocéis que esa vida se sostiene, porque el suplicio ha de ser en cierto modo infinito? ¡No advertís que ese dolor queda reconcentrado en su alma como un objeto inaccesible por su inmensidad á cuanto puede comprender la ternura de todos los nacidos? ¡No veis. . . .? Pero ¡ah! donde acaba la carrera del Hijo, parece comenzar la pasion de la Madre. Ella le sobrevive, no ya los tres dias que mora en el sepulcro, sino cinco lustros despues que ha cruzado glorioso los espacios, penetrado al cielo y ocupado su trono á la diestra del Padre. ¡Oh soledad profunda! ¡Oh desolacion inaudita! ¡Oh existencia incomparablemente amarga! ¡Oh martirio sobre todos los martirios!

Ved, católicos, cuál es la carrera que con sus virtudes, humillaciones y padecimientos hace por el mundo la Madre de Jesus; cómo sus virtudes corresponden magníficamente á las gracias que recibe, sus humillaciones la estrechan y ligan mas y mas con su Hijo ve-

nido al mundo como desecho del mundo, sus padecimientos la ostentan á los ojos de nuestra fe y nuestra piedad, por la mayor de todas las aproximaciones, como la Corredentora del género humano.

Si: las virtudes, las humillaciones y las penas de María son tan grandes, que no hai en verdad entendimiento capaz de abrazarlas ni lengua suficiente para encarecerlas: sus dolores son como un mar de tribulacion, segun la sentida expresion del Profeta; pues no tienen otra medida que su amor, y este amor, despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre, nada tiene de comparable ni en los cielos ni en la tierra. Asociada siempre á su Divino Hijo, recibió de lleno toda su Pasion; y lo que ella incesantemente padecia fué de tal naturaleza, que repartido su dolor entre todos los hombres, todos ellos morirían al punto, dice San Bernardino de Sena.

¡Pero qué! me diréis, ¡para esto vino á la tierra la Madre de Dios! ¿en esto habian de parar sus gracias magnificas, sus incomparables virtudes, sus merecimientos inmensos? ¡No será para nuestra piedad sino solo un objeto de compasion al cabo de tales antecedentes? Deteneos un tanto, católicos: yo no lo he dicho todo. En la historia de la religion, en las obras del Señor, nada hai que no encierre los mas grandes misterios; y esas tinieblas, ese silencio, ese inapercibido retiro de la Virgen Madre despues de la muerte del Redentor, manifiestan á toda luz, proclaman á toda voz, exponen á la faz de todos los siglos y todas las generaciones no solo el carácter y la superioridad, mas tambien la recompensa magnífica de tan singular é inefable merecimiento.

Venid, católicos, á esta época señalada, no ménos que el destino de María, en las páginas proféticas donde constan los anuncios del Redentor: venid á la Iglesia católica: venid á esta sociedad inmensa que, repartida entre la tierra y el cielo, anuncia los triunfos del Crucificado; venid á esta sociedad suprema donde se reúnen toda la sabiduría, todo el poder y toda la magnificencia de Dios: venid aquí, donde se levanta un trono de verdad, donde se califica el merecimiento, y donde se ostenta la verdadera grandeza. Entónces, y á favor de esta nueva luz, quedaréis, no ménos admirados, que de las incomparables pruebas á que Dios en sus altos designios quiso someter á María, de la magnificencia divina con que recompensa las virtudes, humillaciones y penas de tan privilegiada criatura.